

PRÓLOGO

Tengo muy vivo el recuerdo de la primera vez que avisté territorio portugués, una experiencia limitada a su observación en la distancia. Fue por el verano, y yo estaba de camping en un pinar, a la orilla del Miño, cerca de La Guardia. Al otro lado del río se extendía una larga franja de color verde, ribeteada por arenales, en la que destacaba el blanco caserío de Camiña. La vasta corriente de agua, crecida y adelgazada por el vaivén de las mareas, separaba dos mundos quizás diferenciados por muchas cosas pero sobre todo por algo muy importante: en una orilla, el Estado Novo –la siniestra dictadura de Oliveira Salazar, encarnada tras su enfermedad y muerte en la figura de Marcelo Caetano– había sido tumbado por la sublevación militar del 25 de abril de 1974, los portugueses disfrutaban de libertad y el país vivía un prometedor período de transformaciones sociales; en la orilla donde me encontraba, la dictadura franquista –ese régimen político mezcla de fascismo, nacional-catolicismo y militarismo– prolongaba su agonía, la represión se ejercía con la furia acostumbrada y, aunque cabía intuir un próximo final, nunca llegaba el momento del desenlace. Una noche, recostado ante la tienda de campaña, con la mirada puesta en el enjambre de luces de la otra ribera, presencié una exhibición de fuegos

artificiales: un intermitente surtido de cohetes y bengalas se elevaba sobre el cielo de Camiña, que aparecía y desaparecía bajo el brillo fugaz de estrellas y palmeras de pólvora. Yo vivía el espectáculo con emoción y un doloroso sentimiento de agravio: Portugal era una fiesta y España, un país amedrentado, funeral, rancio, encogido bajo un poder despótico, una penitenciaría de la que resultaba complicado salir: el pasaporte estaba vedado para los desafectos al Régimen. Tras su apacible belleza, la desembocadura del Miño se erigía como un abismo.

A ojos de muchos españoles, al menos de la minoría social que hacía oposición al franquismo, la Revolución de los Claveles no solo fue motivo de esperanza sino que introdujo además una quiebra en la imagen deslustrada que de Portugal se tenía en España: un país pobre, rural, adocenado, falto de inventiva, triste, gustoso de canciones plañideras entonadas siempre por la misma señora, gobernado con crueldad por unos personajes que contagiaban grisura, dormido en los laureles de sus viejas glorias, agarrado como a un clavo ardiendo a un puñado de colonias que formaban un imperio anacrónico, etcétera. Portugal y España compartían muchas cosas: sus raíces en un viejo reino y con ello un remoto vínculo familiar, la contigüidad en una península esquinada del continente europeo, una vida política y social congelada a golpes de autoridad en un pasado aciago y una posición marginal en el contexto de una Europa próspera que avanzaba en su unidad y tenía como pilares las libertades democráticas y el bienestar social.

Pero, al mismo tiempo, había entre ambos países una relación de otredad, una clara y viciosa distinción entre nosotros y los otros, que al menos por parte española bebía en la idea de que los portugueses eran de peor suerte y que su situación en muchos ámbitos, tanto si se miraba al pasado como al presente, no resistía la comparación, de manera que

esa operación producía un efecto claroscuro, embellecedor para el vecino de inmueble. Esa diferencia de condición, ese sentimiento de superioridad, expresión de una falsa conciencia, aportaba miserable pasto a un orgullo patrio tan banal como hambriento de satisfacciones. El cotejo con los países de la Europa de la CEE arrojaba un resultado bochornoso, pero Portugal venía a ser ese pariente humilde que por parangón situaba a España en la rama acomodada de la familia, y a quien seguramente a causa de ello se le daba la espalda e ignoraba. «¿A qué se debe este alejamiento espiritual y esta tan escasa comunicación de cultura? –se preguntaba Miguel de Unamuno en el libro *Por tierras de Portugal y España*– Creo que puede responderse: a la petulante soberbia española, de una parte, y a la quisquillosa suspicacia portuguesa, de la otra parte.»

El éxito de la insurrección militar del 25 de abril, las movilizaciones populares que vinieron a continuación y los cambios políticos, económicos y sociales que se anunciaban resultaron sorprendentes y daban noción de un país vital, de ideas avanzadas, poseído del coraje suficiente para quebrar la continuidad del salazarismo, sin tener que esperar –como en nuestro caso– a que la decrepitud y muerte del dictador dieran solución al problema. Ese vecino despreciado e ignorado se revelaba de repente como un sujeto digno de admiración, mucho más interesante de lo imaginado, poseedor de una rica sociedad civil, con organizaciones políticas sólidas que en las condiciones difíciles de la clandestinidad habían sabido extender su influencia, servido por una milicia que había vuelto sus armas contra los opresores, listo para romper esquemas y dar lecciones.

Aunque nunca faltaron entre nosotros estudiosos de la cultura portuguesa, atraídos por su riqueza y rasgos singulares, y personalidades de tradición republicana o libertaria que alimentaban el sueño de un vínculo federal entre los pueblos de

la península Ibérica, la Revolución de los Claveles y los subsiguientes sucesos despertaron entre sectores sociales más amplios la curiosidad por ese país del que nos separaban un rosario de tópicos y una larga frontera. Durante años Portugal se puso de moda. El fracaso del impulso transformador propiciado por el Movimiento de las Fuerzas Armadas, en lo relativo sobre todo a sus aspiraciones en materia económica y social, y la configuración tanto en Portugal como en España de regímenes democráticos más o menos homologables con los del resto de Europa, en los que hallaron cómodo asiento viejos y emergentes poderes oligárquicos, acabaron esfumando el hechizo. Para muchos españoles, sobre todo jóvenes, Portugal se convirtió en un lugar de vacaciones asequible, confortable y no desprovisto de encanto; hasta que la globalización hundió el negocio, gentes de todas las edades se acercaban a sus poblaciones fronterizas los fines de semana para adquirir a precios de saldo toallas y piezas de algodón; otros, menos numerosos, descubrieron en el país una muy estimable nómina de escritores, donde despuntaban Pessoa, Saramago, Lobo Antunes y el italiano reconvertido en portugués, Antonio Tabucchi, o cineastas de talla como Manoel de Oliveira o le cogieron gusto a los fados, en la voz de una Amália Rodrigues rediviva o en la de Mariza, o sumaron a su colección de música cedés de Madredeus o de Rodrigo Leão. Pero, como rasgo crónico, dominante en la conciencia social, para una gran mayoría de españoles Portugal continuó siendo ese vecino invisible del que con tanto acierto nos habla en este libro Francisco José Faraldo. Parafraseando a un dictador mejicano de infeliz memoria, a quien como principal mérito cabe atribuir una reflexión ingeniosa, bien puede decirse que Portugal está tan cerca de España como lejos de los españoles.

El vecino invisible (una aproximación impertinente a Portugal y los portugueses) es una obra que se propone –según confesión

de su autor en Nota preliminar- describir cómo son Portugal y los portugueses y nuestra relación con ellos. La idea no puede ser más oportuna. Desvelar el rostro borroso de nuestros vecinos, empañado por el desdén y los prejuicios, tomar nota de lo que se ve o se cree ver cuando nos miramos mutuamente y derruir las medianeras que separan a pueblos tan unidos por la historia y la geografía, son tareas harto necesarias. El libro no es una guía turística de Portugal -se nos advierte en sus primeras páginas-, pero en sus páginas hay mucho de guía espiritual, expuesta a menudo en confrontación con algunos hábitos de los españoles.

Quien realiza esa labor es un escritor con buen conocimiento de causa, que por su singladura vital dispone de la posibilidad de juzgar a unos y otros desde dentro y desde fuera, al ejercer a un mismo tiempo los papeles de actor y de espectador, una doble posición que le facilita percibir lo común y lo diferente. La suya no es una mirada de antropólogo sino de ciudadano que contempla el panorama con sorna, desenfado, perspicacia, espíritu crítico y una buena dosis de empatía, lo que no le impide en ocasiones efectuar un medido reparto de sopapos y carantoñas. De ahí que el propio autor califique de impertinente su aproximación a Portugal, pero no hay en su texto agravio que justifique un duelo.

Así, pues, cuenta Francisco José Faraldo con un espléndido bagaje para acometer esa tarea. De un lado, porque como buen gallego no se ha privado de abandonar su tierra y dar una pequeña vuelta por el mundo, con escalas en Madrid, Mieres y Gijón, pero, a diferencia de otros compatriotas suyos, cuando entendió llegado el momento del regreso, o no calculó bien la frenada o lisa y llanamente optó por pasar de largo y asentar sus reales en ese antiguo reino crecido al sur del Miño. Tiene pues en su haber sobradas vivencias como español y como portugués. De otro, reúne la triple condición